

# MUERTE, SEDUCCIÓN Y AUSENCIA: EL LUGAR ENIGMÁTICO DEL PADRE EN LA ACTUALIDAD

María Luisa Silva<sup>1</sup>

## Resumen

El trabajo rescata la importancia del lugar del padre, planteado como juego entre presencia física pero significación psíquica a partir de su ausencia. Cuando no vemos rastros de esto, estamos ante una obliteración que produce efectos en el psiquismo. La experiencia con el padre transita por su muerte simbólica y por la seducción que haga despertar el deseo de lograr cosas y de ser especial e importante para alguien tan poderoso. Finalmente, el padre será siempre un enigma, pero uno que funcione como una fuente que conduzca al interés por saber y explorar; y, no uno que se convierta en un pantano inaccesible plagado de significantes enigmáticos, imposible de comprenderse.

En el trabajo analítico, será la comprensión de los fenómenos en su complejidad, el lugar polifacético del analista, la importancia del encuadre como tercer elemento, siempre presente y ordenador, y la mirada interesada del analista, lo que facilitará encontrar el rastro del padre perdido y reinstaurar su lugar. Primero, en la escenificación de la transferencia/contratransferencia para que, luego, pueda formar parte del bagaje utilizable del mundo interno del paciente.

**Descriptor:** *Padre, ausencia, simbolización, psicopatología, teoría psicoanalítica.*

---

1 Miembro asociado de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

*La muerte del padre tiene a veces la extraña ventaja de revelarnos que existe algo más que el padre muerto, y que el edificio del Edipo forma barreras, prohibiciones, rechazos, reglas y leyes, escondiendo otro extraño destino de la paternidad. De forma menos violenta pero continua, el exilio puede preceder a la muerte en esa revelación y reconciliarnos más allá de la culpabilidad, con un padre amado, amante y sin embargo, atenuado de pulsión erótica para estar absoluta y ciertamente presente; y con esta presencia, garantizamos una autonomía frágil amenazada, exquisita. (Kristeva, 1993, p.97)*

Encontré la motivación para escribir este trabajo en ciertas coincidencias que presentaban algunos de mis pacientes y que fueron capturando poco a poco mi atención. Lo primero que asomó en mí como inquietud fue la aparente facilidad con la que estas personas parecían haber arrancado a su padre del circuito de sus vidas. Independientemente de que el padre estuviera vivo o muerto, el lugar que ocupaba en sus mentes era prácticamente nulo.

Me pregunté, a partir de ahí, por el devenir del padre en la actualidad; el padre en tanto persona con la que se establece un vínculo importante y el padre en tanto función medular en la estructuración de la psique. En otras palabras, me interesó reflexionar sobre lo que viene ocurriendo con el padre en el ámbito social y el padre de la conceptualización psicoanalítica, y la posible relación que pudiera existir entre ambos.

Es sabido el lugar privilegiado que ocupaba el padre en los albores del psicoanálisis. Lo encontramos en los estudios clínicos iniciales de Freud como presencia gravitante en la generación de los conflictos patológicos, desde la mirada de la seducción primero, y luego, en las fantasías encubridoras de deseos inaceptables. Lo vemos, también, como presencia organizadora del psiquismo en su relación con la vida social en las formulaciones de la segunda tópica, a través de la situación edípica y la consolidación del superyó.

Pero, es en los textos culturales, particularmente en *Tótem y Tabú* (1912-13) en donde Freud va a dar al padre una presencia fundante de lo humano y, por lo tanto, de esa confluencia entre lo biológico, lo psíquico y lo social. Como para el psicoanálisis la presencia verdaderamente significativa para el psiquismo se da a partir de una ausencia, va a ser el "asesinato del padre" por las fraternías primigenias -y por tanto, la muerte del padre- un tema crucial que recorrerá el pensamiento freudiano.

Green (2009) nos recuerda esta preocupación tenaz de Freud por "la muerte del padre" y su relación con el origen de las instituciones, relacionando los traumas del pasado de la historia de la humanidad con los traumas del desarrollo

individual. De acuerdo con esta mirada, el pasado seguiría vivo, presente en nosotros mismos, pero inconsciente; como lo está la muerte del padre de los orígenes, aunque se reprima, olvide o distorsione.

Para Assoun (2005), la presencia del padre en la teoría psicoanalítica es aún más notable. Dice: "Para comprender los "valores del padre" en el inconsciente, conviene entender desde un principio que, lejos de ser un tema entre otros, es el punto de vista sin el cual la experiencia analítica misma resultaría ininteligible" (p.220). Y aclara que "esto no debe inducir a ningún tipo de causalidad. No es cierto que el padre sea la causa de todo el inconsciente. Pero es el elemento con el que, en el juego, no se puede dejar de contar" (p.224).

¿Qué ha pasado, entonces, con el papel protagónico del padre en la vida de las personas y en el pensamiento psicoanalítico? ¿Cómo, hasta hace unas décadas la sociedad estaba regida por un marcado autoritarismo patriarcal siendo omnipresente la participación del padre? ¿Ha cambiado el discurso, los hombres y las mujeres, las patologías, el lente por el que miran los analistas? ¿Todo ello?

En lo social, las razones de tal cambio ciertamente pueden ser producto de las transformaciones que se han venido dando en la situación de la mujer. Transformaciones que atraviesan las relaciones familiares al exigir un reacomodo de la dinámica entre hombres y mujeres, padres y madres. Las modificaciones en el rol femenino, tanto en la fuerza laboral como en la vida pública, se han sumado a dificultades para conservar una estabilidad laboral en los padres. Esto, no sólo por cuestiones de género sino también generacionales, en las que los jóvenes prontamente amenazan la capacidad productiva de los padres. Se podría decir que el lugar del padre ha sufrido una progresiva devaluación social en las últimas décadas.

De alguna manera, el movimiento psicoanalítico se ha visto afectado por ese mismo proceso, aunque por razones algo diferentes. En su investigación sobre el paradigma contemporáneo del psicoanálisis, Urribarri (2008) menciona que en una larga etapa post-freudiana el estado de la cuestión se orientó hacia el otro lado del péndulo, el de la madre. Concluye que "cuando se ha instituido como dogma el modelo post-freudiano, este se vuelve reduccionista y en lugar de dialogar o articularse con el modelo freudiano tiende a excluirlo y reemplazarlo"(p.87). Plantea que, bajo esta atmósfera, las teorías fundamentales han migrado; de tal forma, que el objeto ha reemplazado a la pulsión, el self al yo, la destructividad a la sexualidad, lo arcaico a lo edípico, etc. En otras palabras, la figura de la madre ha eclipsado la importancia (estructural) del padre.

De acuerdo con esta nueva perspectiva centrada en la madre, Green (2009) considera que el tema de la *muerte del padre* ha desaparecido. Dice: "La muerte del padre ha muerto porque, incluso, para poder pensar en su muerte, debía haber algún tipo de existencia que uno quisiera terminar" (p.26). Es decir, es como si al

padre, con su presencia, con sus funciones y con su muerte simbólica, se lo hubiera tragado la tierra; o estuviera ocultamente subsumido por la madre. Como si sólo tuvieramos noticia, hoy en día, del padre que habita dentro de la madre; el padre de un bebé recién nacido, cuya participación –aunque central– no es percibida con facilidad.

Generalmente el viraje hacia el polo materno en la teoría psicoanalítica es explicado desde un fundamento clínico, que se basa en la ampliación del campo terapéutico para el tratamiento de patologías más primitivas. Por esta razón, el énfasis se habría orientado hacia etapas más tempranas, pre-simbólicas, pre-édipicas y centradas principalmente en la díada madre-hijo, confinando la importancia del padre a los pacientes más neuróticos y, por lo tanto, menos perturbados.

No obstante, sea o no cierta esta realidad fáctica del devenir clínico, no se puede menospreciar que el psicoanálisis, al estar inmerso en los procesos sociales y culturales de cada época, se vea influenciado por los cambios que ha sufrido la sociedad en los últimos tiempos. Según esto, el movimiento pendular del padre hacia la madre –por factores teóricos, clínicos y psicopatológicos al interior del psicoanálisis– se ha visto impactado, también, por las nuevas posiciones de la mujer, que han atravesado no sólo lo económico, social y político, sino también las relaciones humanas y, por lo tanto, sus consecuencias intrapsíquicas.

### El padre en la teoría

Cuando Assoun (2005), dice que: "Toda variable inconciente, como tal, es función del padre"(p. 227), expresa que no importa la patología ni la presencia física del padre, éste se encuentra siempre representado inconcientemente, modificando al sujeto de alguna manera significativa. En primer lugar, desde la marca que nos deja "el padre originario"; padre que, al ser estructura, anuda la ontogénesis y la filogénesis. "Este efecto de retorno de la prehistoria a la historia a través del padre, se inscribe como "nostalgia del padre", configurando un fondo de deseo, carencia y pesar", manifiesta este autor (p.227). Yo añadiría que, esta "nostalgia del padre" nos va a acompañar ineludiblemente; ya sea con toda su potencia inconciente –a menudo amenazante–, ya sea como una presencia más amigable, eje orientador de la existencia.

Otra entrada fundamental hacia el lugar del padre en la conceptualización freudiana es la del padre en la conflictiva edípica. Lacan introduce la idea de *metáfora paterna* para referirse a esa función del padre en el trío que forma con la madre y el niño, en tanto la presencia efectiva del padre pueda ocasionalmente faltar. Él aclara que: "Hablar del nombre-del-padre no es de ningún modo lo mismo que invocar, como frecuentemente se hace, la carencia paterna. Hoy se

sabe que un Edipo puede muy bien constituirse aún cuando el padre no esté, en tanto se había comenzado a convertir la presencia excesiva del padre en responsable de todos los dramas" (Lacan, 1982, p.85)

Hoy diríamos, parafraseando a Lacan, que bien podría ser la madre la responsable de todos los dramas, consiguiendo un protagonismo, a mi parecer, algo ingrato. Por un lado, con el enorme poder de invitar o no al padre a que la acompañe en la tarea de existir para los hijos, o bien hacerlo sola, con la omnipotencia narcisista que eso significa y de la que conocemos sus consecuencias en las prolíficas patologías que llamamos actuales.

Encontramos al padre de la relación, como se podría llamar al padre que acompaña activamente a la madre y al hijo, desarrollado por Winnicott (1960) en su descripción de la función de holding para la unidad madre-bebe. Luego, cuando ya se han configurado los aspectos esenciales del ser (en la etapa de dependencia absoluta con la madre), la presencia del padre (en un estado de dependencia relativa) conduce al bebe hacia el desarrollo de sus capacidades para actuar, para moverse en el mundo, explorarlo, conocerlo, y poder así desplegar su sensación de dominio sobre él. Este elemento masculino, experimentado como indestructible, provee de capacidades para el hacer y puede llegar a tomar la forma de brújula. Se expresa en la disposición para el compromiso, para conocer y aceptar las reglas, etc. Que todo esto suceda es gracias a la función del padre, específicamente a su presencia significativa para la psique.

Y aquí insisto en que no es un problema de carencia del padre sino de un padre que es neutralizado en su posibilidades de articularse como generador de potencialidades psíquicas. Sin menospreciar su presencia física, intento resaltar que se trata de una relevancia simbólica, fundamental para la estructuración del sujeto.

### Cualidades necesarias del padre (ma non troppo)

Si bien he mencionado algunas de las funciones del padre me gustaría también señalar dos conceptos que recorren el pensamiento psicoanalítico y que he tomado prestados para referirme a cualidades que encuentro relacionadas con lo que me interesa rescatar del lugar del padre en la actualidad. Ellas son la seducción y el enigma.

Sobre la **seducción** hay mucho desarrollado en la literatura psicoanalítica; sólo mencionaré algunas ideas que quisiera resaltar. La primera de ellas, tiene que ver con los planteamientos originarios de Freud en torno a la teoría del trauma vinculado a la seducción paterna, y luego cómo ésta es asociada, más bien, a fantasías que expresan deseos acerca del padre. Sin embargo, esta no es la única evolución –la del trauma a la fantasía–, sino que hay otro proceso en el que

primero la fuerza seductora es ejercida por la madre y va a ser luego desviada hacia el padre. Es la catectización de ese hombre como padre, lo que va a asegurar la configuración de la triangularidad, condición necesaria para el desarrollo psíquico y vincular del sujeto.

Es una seducción importante en la que forman parte ambos padres, pero es la madre la que la facilita o no. Gran parte de la configuración psíquica, de la capacidad relacional y de la comprensión de lo significativo sexual, por ejemplo, se produce por esta dinámica de seducción. Podríamos hablar de una "buena seducción"; que nos recuerda a lo expresado por Bollas (2000) cuando habla de la necesidad de despertar al bebé, de seducirlo, para conducirlo hacia la relación objetal, porque el verdadero tabú es el del autoerotismo que aniquilaría a la especie.

En ocasiones, esta "seducción", que en extremo conduciría a otros graves problemas, es neutralizada por la madre o el mismo padre, perdiendo éste su lugar significativo; en ese caso, ya no puede ser muerto simbólicamente, ni darse una relación vital con él. Esta visión de la seducción tiene que ver con la necesidad de que exista un objeto del otro lado que nos elija, que nos despierte, que nos piense, que nos seduzca para querer seguirlo a conocer el mundo. Este objeto es primariamente la madre, para que sepamos que ese rostro representa que hay algo más, además de uno mismo. Pero, es el padre quien nos invita a explorar el mundo, lo nuevo/diferente que hay en él, a recorrerlo, a sentir que podemos conocer y luego manejar sus reglas de juego.

Según Kristeva (1993), la madre aporta la sensualidad, la relación con el cuerpo y los afectos, y el padre facilita la adquisición del aparato simbólico que ayuda a consolidar una infinidad de procesos psíquicos que posibilitan la comprensión de esta vida corporal y afectiva, y la salida al mundo.

El segundo concepto que quisiera introducir es el de **enigma**. Me animé a incluir la importancia de una cualidad enigmática en el padre por el interés que suscitó en mí el planteamiento de Laplanche (1987) sobre los significantes enigmáticos. Él plantea que la angustia en los niños es resultado de una excitación sexual que no es comprendida, y que se reprime porque tiene que ver precisamente con los padres. Esta angustia es manejable en la medida que sea comprendida pero, debido a la inmadurez, puede ser traumatizante y, por ello, reprimida, lo cual la conserva en estado salvaje. Esto se relaciona con las teorías sexuales infantiles que están a la base de la actividad teorizante del ser humano, cuya naturaleza estaría más emparentada a la cosa incognoscible que al conflicto psíquico.

De acuerdo con Laplanche (1987), la seducción originaria es la situación fundamental en la que el adulto propone al niño significantes no verbales y verbales impregnados de significación sexual inconciente. Estos son los

significantes enigmáticos, que están asociados a la escena originaria; por ello, el enigma es en sí mismo seducción.

Enigma, que tal vez se asemeje al origen siempre incierto de la paternidad a diferencia del origen visible de la maternidad. El vínculo padre-hijo requiere, por ello, de la construcción y del desarrollo de una sólida confianza mutua, que en el caso de la madre está dada naturalmente desde el embarazo y asegurada por la alimentación. Puede ser esta, también, una función adicional que provee el padre; una suerte de legado de confianza que luego la persona puede usar para sí misma.

No se puede omitir la importancia del padre en la vida psíquica del sujeto sin causar estragos. Lo que queda en su lugar es una serie de piezas inconexas en un rompecabezas imposible. Una mente sin el aporte del padre, sin su guía y amparo, queda expuesto ante múltiples significantes enigmáticos, que no son comprendidos por quedar fuera del circuito simbólico. En estas condiciones, la identidad sexual, el vínculo con los demás y la seguridad para poder crecer son desarrollados con mucha dificultad.

Creo que la confluencia de ingredientes en estos pacientes, como son: la angustia, el desconocimiento, la superficialidad, sentimiento de vivir a la deriva, la falta de vitalidad y de curiosidad por la vida, entre otros, refleja la presencia de una multiplicidad de significantes enigmáticos que, lejos de conducir hacia un impulso por saber, menoscaban una vida plena de sentido. Se podría relacionar con la experiencia de elementos beta que obstruyen pensamientos y de una vivencia del mundo poblada de objetos bizarros, a decir de Bion (1996); sólo que, a mi entender, no desorganizan psicóticamente, sino que le dan a la vida una falta de rumbo total.

Los cambios sociales y culturales actuales, en una era de fragmentaciones múltiples, de vivencias descartables, de precocidades sin sustento y de pretensiones analgésicas frente a toda circunstancia potencialmente dolorosa, han afectado, también, el lugar del padre. Se trata de una sociedad que, por un lado, exige eficacia y rendimiento (adulto), al mismo tiempo que conduce a los individuos a una forma de vida cada vez más adolescente. El resultado es una vivencia de gran angustia debido a la proliferación de significantes enigmáticos; mezcla de residuos infantiles y pedazos de inconciente de los que no se quiere saber nada.

### **El padre en la clínica**

Intento con estas reflexiones comprender algo más a los pacientes en los que el padre no tiene un lugar simbólico. Ellos muestran el mismo desconocimiento de la importancia del padre como aquellos que revelan el desconocimiento del

inconciente, que ha desarrollado ampliamente Green (2005). Tienen un discurso en el que la existencia de un padre les es indiferente, del mismo modo que sienten que no tienen nada ajeno a lo lógico, racional y pragmático dentro de ellos. No hay un reconocimiento en su interior rastros de vivencias pasadas, deseos inaccesibles ni posibles causas de sus miedos y angustias. Mucho menos reconocen la experiencia de que la ausencia, la falta o la muerte, sirven para algo. Para ellos una ausencia no es psíquicamente significativa, tienen padres descalificados, borrados, sin función aparente en el psiquismo. ¿Cómo podrían, estas personas, experimentar, sufrir y gozar de presencias si no tienen idea del efecto en su interior de aquello que podría faltarles?

Son cada vez más numerosos estos pacientes que, a pesar de contar con herramientas internas considerables, no logran desarrollar una confianza en sus recursos, en sus capacidades para afrontar los problemas de la vida, mostrando distintos niveles de angustia en su vida diaria. Casi no hablan de sus padres, estén estos vivos o muertos. Puede tratarse de un padre que murió tiempo atrás pero con el que ya existía una relación indiferente; de un padre descalificado por incompetencia laboral, de un padre simplemente desaparecido, de un padre socialmente disminuido en relación a la madre, de un padre enfermo físicamente pero que también tiene debilitada su imagen, de un padre desprovisto de cualquier cosa que pueda legar a sus hijos, etc.

Son todas ellas, versiones de padre expresadas como hechos fácticos, contundentes, como si reflejaran una realidad inamovible. Y, es muy fácil contagiarse del peso de estos supuestos hechos reales. Lo que desconocen estos pacientes, es que el padre disminuido o borrado, no es sólo ese hombre, sino el padre interno (la idea de un padre) que no tiene un lugar para crecer en su interior, aunque sea a partir del odio y el resentimiento. Es nuestra tarea que comprendan que sin él todo es un sin sentido, no hay aporte simbólico, la historia es interrumpida, agujereada y todo parece más enigmático, más de lo que se necesita para interesarse en el mundo.

### Algunos ejemplos

Una paciente de 30 años, a quien llamaré Pilar, se siente *perdida en el mundo, sin un norte que la guíe*. A pesar de sus capacidades académicas y laborales y de las redes vinculares con las que cuenta -un esposo cariñoso, una madre y una hermana cercanas- ella siente un *temor que la carcome* ante cualquier situación que deba afrontar en la vida. Con un permanente miedo al mañana, no logra proyectarse en el tiempo ni realizar planificación alguna sobre su futuro.

Recién, después de 2 años, ha empezado a profundizar algo más sobre el papel del padre en su historia. Él estuvo enfermo y luego murió durante su



pubertad pero, en su discurso, él desde siempre no tuvo un lugar significativo para ella. Al punto de no saber por qué la herencia que él dejó nunca ha sido considerada como algo que pudiera tener un valor. Luego de una etapa en la que parecía haber un congelamiento de cualquier sentimiento que tuviera que ver con el padre, mostrando una gran indiferencia hacia él, ha empezado a sentir una especie de extrañamiento sobre su relación con él y, aunque lo vive aún como algo ajeno, ha empezado a despertarse en ella una curiosidad por saber.

Bertha, de 40 años, ha paralizado su vida productiva y se muestra incapaz de funcionar como una persona adulta. Siente que nada de lo que tiene es interesante o valioso para los demás. No tiene una relación con su padre desde hace mucho tiempo y asume que es una página inútil que arrancó de su vida. Puede notarse cómo, al haber retirado al padre, siente que no es importante para nadie, no tiene a quién impresionar, con quién jugar a la seducción, para quién ser especial. Este desarrollo ha quedado trunco y la búsqueda de un objeto que satisfaga esta necesidad se vuelve errática, buscando cualquier sustituto con un resultado cargado de frustración.

Jorge, 34 años, no recuerda desde cuándo dejó de ver a su padre. No sabe nada de él desde hace, por lo menos, 20 años. Tiene la total certeza de que esto no lo ha afectado en la vida. Sin embargo, a pesar de tener un alto cargo en el campo de las finanzas, se siente como un niño perdido cada vez que tiene que hacer alguna presentación, que se encuentra en una congestión de tráfico, que tiene que viajar, etc. El resto del tiempo, se muestra *aplomado*, e incluso, su imagen proyecta una gran seguridad.

Mariela, 45 años, homosexual, decía insistentemente, y sin aparente afecto de por medio: *acaso no es posible que un papá no cuente para nada. Yo le doy a mi papá exactamente lo mismo que me dio a mí: nada. O, hay en mí, el mismo interés que tuvo él en mí: cero.* Vemos aquí cómo en su mente "nadie está interesado en el otro". Y parecía franca y absolutamente convencida de eso, desconociendo la carga afectiva de violencia con la que se expresaba.

Conciente de que he traído sólo unas pinceladas de estos pacientes, quisiera resaltar que me han servido como disparador para estas reflexiones, que prometo continuarán en el futuro hacia mayores profundizaciones. Por ahora, me interesa transmitir lo que voy pensando en el trabajo clínico con estos pacientes. Ellos coinciden en algún tipo de omisión paterna, relaciones aparentemente buenas con sus madres, con recursos potenciales para desarrollarse, presencia afectiva en sus vidas, pero con temores paralizantes específicos sobre su participación en el mundo, llegando a concretarse, en la mayoría, en algún episodio de ataque de pánico.

Cuando hablo de este tipo de ausencia de padre, insisto en que no me refiero a una situación física, sino a cómo se puede haber sumado, incluso, a esta

circunstancia, un desconocimiento de la importancia del padre, y de cómo éste actúa como orientador en la vida. En su lugar, transmiten la existencia de un inconciente inaccesible, ajenos aún a las porciones enigmáticas que posiblemente contiene: fantasías de escena primaria, abandono paterno, exclusividad de la madre, sentimientos de no ser especial para nadie, de minusvalía, etc.

### **El padre a través del analista**

Luego de estas reflexiones paso a preguntarme cuál es el papel del analista en estos casos, ya que todo lo considerado grave en la actualidad apela a una participación materna (holding, reverie, contención, etc.). Cómo mantenernos atentos a la posibilidad de que esos momentos, considerados habitualmente como regresiones que requieren de un analista "madre", podrían estar expresando, también, la falta de un aparato simbólico que permita la comprensión de sus emociones. Es decir, la necesidad de un analista/padre. Hay una importancia del valor simbólico del lenguaje que no se debe olvidar, aún cuando el paciente lo haya perdido debido a sus propias circunstancias psicopatológicas.

En mi opinión, habría que conducirlos hacia un buen duelo de la falta de padre; sea que este murió, sea que no esté presente, sea porque no es la persona que quisieran. Un trabajo que debe darse, no sólo como presencia tematizada, sino a través de la transferencia y -básicamente- de la contratransferencia. El peso en la actualidad de lo materno a nivel teórico, que se ha infiltrado masivamente en el quehacer clínico, podría estar obturando la posibilidad de generar ese lugar paterno que se encuentra precisamente dañado en estos pacientes. Si no lo facilitamos, la persona se queda anclada en lo materno (en lo diádico, tal vez simbiótico, o con posibles síntomas somáticos).

A menudo se alude a una cuestión de prioridad, de cómo el trabajo del analista "maternal" debe anticiparse para trabajar lo más primitivo y regresionado del paciente y, aún cuando en la práctica esto nos parezca obvio, creo que la función paterna en el analista tendría que estar siempre disponible, de la misma forma que encontramos al padre sosteniendo a la madre desde los primeros momentos de la crianza.

Urribarri (2008) lo plantea con claridad cuando afirma que la posición del analista debe ser "múltiple y variable, no puede ser predeterminada ni fija: ni como padre edípico, ni como madre continente: el analista deberá jugar, en el sentido tanto teatral y musical como lúdico, según los guiones desplegados en la polifónica singularidad del campo analítico. El reconocimiento de que lo inconciente se expresa en muchos dialectos promueve un ideal de analista "políglota". (p.102).

## Reflexión final

El movimiento pendular que viene afectando al psicoanálisis -del padre a la madre- nos sitúa teórica y psicopatológicamente, en un modelo de pensamiento binario que encontramos, también, en la técnica, expresada en la artificial oposición interpretación o holding, así como en decenas de conceptualizaciones duales que recorren el pensamiento psicoanalítico. Es importante sumarse a la lucidez que distingue la diferencia de la diversidad, tal como lo plantea Laplanche (1992). Él reclama una visión que nos saque del pensamiento binario que encierra el conocimiento en términos de presencia/ausencia, y que nos conduzca hacia un modelo que se acerca más a la complejidad que plantea Morin (1995), por ejemplo. "La complejidad invita a nuevas connivencias, plantea la posibilidad de trabajar innovadoramente con las contradicciones, funde con un simple toque los ímpetus de antagonismo y de cooperación". (Grinberg, 2002, p.31)

La metáfora paterna tiene que ver con la comprensión de una dinámica de tres en la construcción del sujeto. El padre siempre estuvo y siempre está aunque su presencia se de a través del amparo a la madre, de su aparente ausencia, del borrado, de la neutralización, de la descalificación de sus atributos, etc. Las consecuencias de la miopía para percibirla las notamos en la propia patología y, lamentablemente, también en la práctica clínica, cuando se olvida el lugar del padre, justamente en aquellos en los que más hay que trabajar sobre ello.

La diversidad, la complejidad, los procesos terciarios, lo triangular, lo transicional, nos permite acercarnos más a la situación analítica que da cuenta de las verdaderas dinámicas que se desarrollan en el interior del sujeto y entre las personas. El trabajo psíquico del analista que se mueva entre estas experiencias asegurará la salida de entrampamientos conceptuales, clínicos y psicopatológicos, que anclan al ser humano en relaciones diádicas.

En el trabajo analítico, será la comprensión de los fenómenos en su complejidad, el lugar múltiple del analista, la importancia del encuadre como tercer elemento -siempre presente y ordenador- y la mirada interesada del analista, lo que facilitará encontrar el rastro del padre perdido y reinstaurar su lugar. Primero, en la escenificación de la transferencia/contratransferencia para que, luego, pueda formar parte del bagaje utilizable del mundo interno del paciente.

## Bibliografía

- Assoun, P. L. (2005). *Fundamentos del Psicoanálisis*. Buenos Aires. Prometeo.
- Bion, W. R. (1996) *Volviendo a pensar*. Buenos Aires. Hormé.
- Bollas, C (2000) *Hysterie*. London, Routledge.
- Freud, S. (1912) Tótem y Tabú. *Obras Completas*. Tomo II. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Green, A. (2009) The construction of the lost father. IN: *The Dead Father. A Psychoanalytic Inquiry*. London. Routledge.
- (2005) *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconciente*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Grinberg M. (2002) *Edgar Morin y El Pensamiento Complejo*. Buenos Aires. Paidós.
- Kristeva, J. (1993) *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid. Cátedra.
- (1993) Acerca de un destino luminoso de la paternidad: el padre imaginario. *Psicoanálisis*. APdeBA. Vol. XV. No1
- Lacan, J (1982). *Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Laplanche, J. (1987) *Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Morin, E. (1995) Introducción al pensamiento complejo. Barcelona. Gedisa.
- Sotolano. O. (1992) Reportaje a Jean Laplanche. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, N° 18, 1992.
- Urribarri, F. (2008). Las Prácticas actuales y el Paradigma Contemporáneo. Las tres concepciones de la contratransferencia y el trabajo psíquico del analista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 2008; 106: 76-109
- Winnicott, D. (1960) "Teoría de la relación paterno filial" En: *Proceso de maduración en el niño*. Buenos Aires. Paidós. (Edición 2005)